

TUCAN  10+

# Dieciocho inmigrantes y medio

ROBERTO SANTIAGO

EL MUNDO SEGÚN CLAUDIO



edebé



**Dieciocho  
inmigrantes y medio**

Roberto Santiago

# **Dieciocho inmigrantes y medio**



**edebé**

© Roberto Santiago, 2004

© Ed. Cast.: Edebé, 2013  
Paseo San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

*Directora de Publicaciones Generales:* Reina Duarte  
*Diseño de cubierta:* César Farrés  
*© Ilustraciones:* Santiago García-Clariac

Primera edición en este formato, marzo 2013

ISBN 978-84-683-0901-9  
Depósito Legal: B. 165-2013  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

# Índice

1. Quiero ser inmigrante .....	7
2. María Dolores Larraguibel Ortega .....	17
3. Estamos deseando conocer a esa chica ...	23
4. Para poder entender todo esto .....	29
5. Queridos alumnos y alumnas .....	31
6. Las cosas cambian .....	41
7. Churro va .....	45
8. Siéntate de una vez, blanco .....	53
9. Vamos a votar .....	61
10. Pero tú has visto cómo tienes el ojo .....	69
11. Le di un gancho de izquierda .....	77
12. Una experiencia muy positiva .....	83
13. Vaya con los hermanitos .....	89
14. Encantada de conocerte .....	97
15. No sabe, no contesta .....	105
16. Dos cosas muy importantes .....	113

17. El último discurso .....	121
18. Esto no es un sueño .....	133
18 y 1/2. Que nadie piense que esto ha terminado .....	139

# 1

## Quiero ser inmigrante

—Papá...  
—¿Qué?

—Papá, ¿qué es un emigrante?

—Pues... es... como..., o sea..., un emigrante es..., es..., un emigrante es uno que se va.

—Ya.

Mi padre se movía en su sillón de un lado a otro como si estuviera buscando una posición que no encontraba. Su sillón es rojo y es su sillón favorito, y mi padre es el único en la casa que se sienta en ese sillón.

Le miré y dije:

—¿Y un inmigrante?

—Pues uno que viene.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, hijo, y no molestes, que estoy viendo el partido.

«Hijo» soy yo. Bueno, yo soy Claudio, pero mi padre y mi madre, y a veces también mi abuela y mis tíos y algunos profesores del colegio, me llaman hijo. Aunque yo no soy el hijo de mis tíos ni de mi abuela ni mucho menos de mis profesores, pero eso ahora no tiene nada que ver.

—Papá, ¿yo puedo ser un inmigrante?

—No digas tonterías.

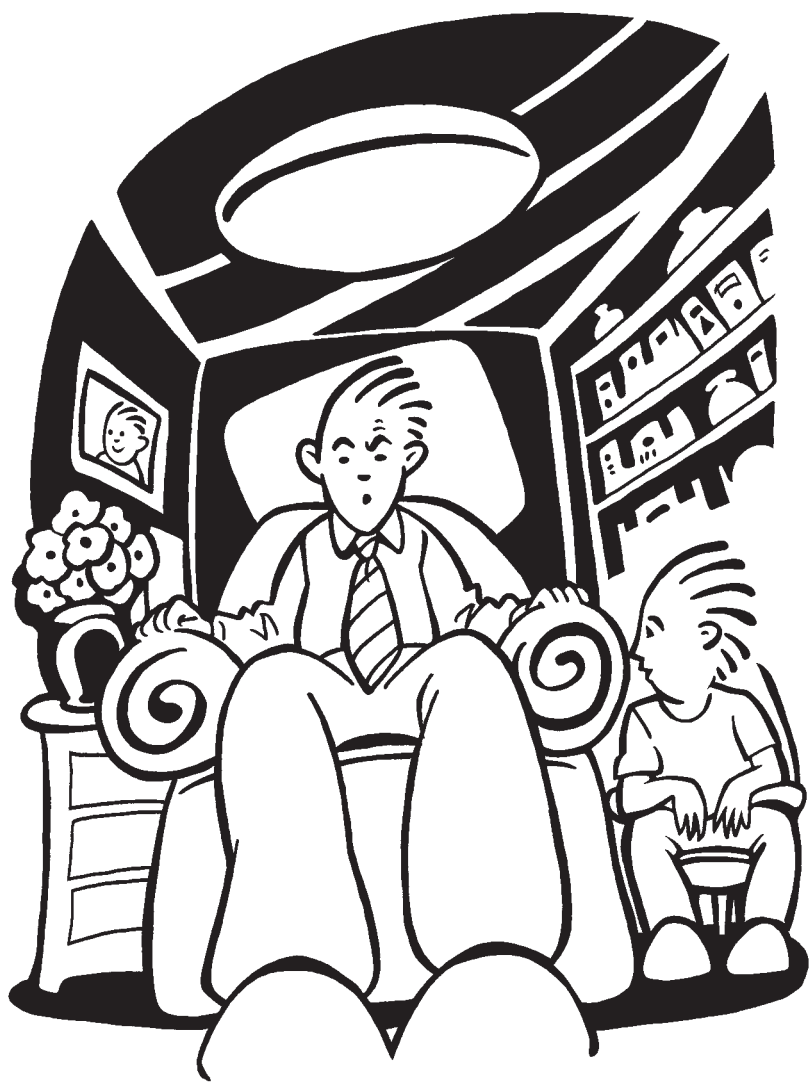
—No son tonterías, es que en clase de Ética la profesora ha dicho que los inmigrantes son nuestros amigos y que hay que respetarlos y quererlos..., y también ha dicho que cualquiera de nosotros podría ser un inmigrante.

—Un momento, un momento...

—¿Qué pasa?

—¿Has dicho clase de... Ética?





—Sí, de Ética, y la profesora es María Dolores, y dice que yo tengo mucho «potencial».

—¡De Ética! Cuando yo era pequeño, teníamos clase de Matemáticas, y de Geografía, y de Lenguaje y esas cosas, pero... Ética, ¿qué diablos es eso?

Mi padre a veces dice «diablos», sobre todo cuando se enfada o cuando no se da cuenta de lo que ha dicho o cuando quiere que todos le hagamos caso.

—Papá...

—¿¡Qué!?! ¿No ves que estoy viendo el fútbol?

—Papá, ¿Rivaldo es un inmigrante?

—¿Cómo?

—Rivaldo, el futbolista, ya sabes. ¿Él también es un inmigrante?

—Esto..., bueno, en cierta forma, de alguna manera, no sé, supongo que sí lo es. Pero no esa clase de inmigrante.

—¿Qué clase?

—Ya sabes lo que quiero decir, Claudio, no me pongas nervioso.

—Pues yo, de mayor, quiero ser inmigrante, y ya está. Igual que Rivaldo.

—Lo que tú digas.

A veces, cuando hay fútbol en la tele, yo creo que mi padre no tiene muchas ganas de hablar.

—Papá...

—¿Pero es que no me vas a dejar tranquilo ni un momento?

—Papá, yo quiero mucho a los inmigrantes.

—Pues muy bien, hombre, muy bien. Me alegro mucho.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú quieres a los inmigrantes o los odias? Dice la profesora de Ética...

—María Dolores.

—Eso, María Dolores. Dice que hay mucha gente que es muy intolerante y que odia

a los inmigrantes y que por eso luego pasa lo que pasa.

—¿Y qué pasa?

—Pues que pegan a los negros y a los musulmanes, y les tratan mal y todo eso.

—Ya, ya. Es que los moros a veces vienen aquí sin pensar que no hay sitio para todos. Hay que pensar, Claudio, hay que pensar.

—Musulmanes.

—¿Qué?

—Se dice musulmanes, no moros, papá.

—Mira, mejor vamos a dejarlo.

Mi padre seguía viendo el partido de fútbol. Yo creo que no tenía ganas de seguir hablando, pero entonces, sin dejar de mirar la televisión, me dijo:

—Ten mucho cuidado, Claudio, ten mucho cuidado.

—¿Con qué, papá?

—Con todo eso del amor a los inmigrantes.

—¿Por qué?

—Se empieza por ahí y, cuando te has descuidado, se te meten hasta la cocina.

—¿Hasta la cocina?

—Es solo una forma de hablar.

—¡Ah!

—Pues eso.

—Papá...

—Dime.

—¿Tú has pegado a los negros y a los musulmanes?

—¿Yo? ¡Pero yo qué voy a pegar a nadie! ¿Tú estás tonto o qué? Lo que pasa es que hay que tener cuidado y no mezclar las cosas.

—¿Por qué?

—¿Por qué, por qué?... ¿Es que no puedes dejar de hacer preguntas?

—Dice la profesora de Ética que tengo mucho potencial, y dice que los que son inteligentes siempre son los que hacen más preguntas...

—Vale, vale. Mira: a primera vista, todo

parece muy fácil, pero esto de los inmigrantes es muy complicado. Un día de estos iré a hablar con tu profesora, con esa María Dolores...

—Ella también es inmigrante.

—¿¡Qué!?

—María Dolores, que es inmigrante. Nació en un país de muy lejos, en América, y luego vino a España, y ahora es mi profesora de Ética.

—¿De dónde?

—¿Cómo?

—Que de dónde es, de qué país.

—No lo sé, de muy lejos, ya te lo he dicho.

Mi padre ya no veía el partido ni nada. Ahora hacía un ruido con la lengua que sonaba más o menos así: «crrr, crrr, crrr», y que no sé qué significa. Yo creo que él no se da cuenta de que hace ese ruido.

—Papá...

—Ya está bien. Se acabó. Ya me has fas-

tidiado el partido con tanta pregunta. Ya no tengo ganas de ver el fútbol ni nada.

Mi padre apagó la televisión y dijo:

—Estarás contento.

Y se fue a su habitación.

Yo me quedé solo en el salón.

A los pocos segundos, menos de seis o siete segundos, mi padre volvió a entrar en el salón. Cogió una lata de cerveza que se había dejado al lado del sofá y se marchó otra vez.

Agarré el mando y encendí la televisión.

Me quedé viendo el partido.

Jugaba Rivaldo.